



OBISPO DE CARTAGENA

La herencia de la cruz

Exaltación de la Santa Cruz
Caravaca, septiembre de 2019

Rvdo. Sr. Vicario, rector de la Basílica, sacerdotes y religiosos
Hermana mayor y Cofradía de la Santísima y Vera Cruz
Excmas. e Ilmas. Autoridades, Excmo. Sr. Alcalde
Voluntarios, peregrinos, amigos
Hermanos y hermanas

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24). Con estas palabras Jesús, la víspera de su pasión, anuncia su glorificación a través de la muerte. La comprometedor afirmación ha resonado hace poco en la aclamación al Evangelio, resuena con fuerza en nuestro espíritu esta tarde, en este lugar significativo, donde hacemos memoria de todos los caravaqueños que tienen grabada la Cruz de Nuestro Señor en su corazón, pero una Cruz con Cristo.

Cristo es el grano de trigo que muriendo ha dado frutos de vida inmortal. Y siguiendo las huellas del rey crucificado han caminado sus discípulos, convertidos a lo largo de los siglos en legiones innumerables *“de toda lengua, raza, pueblo y nación”*: apóstoles y confesores de la fe, vírgenes y mártires, audaces heraldos del Evangelio y silenciosos servidores del Reino.

Queridos hermanos y hermanas, unidos por la fe en Cristo Jesús, nos acercamos a Cristo crucificado, nuestro Señor, Redentor y Salvador, que nos ha abierto el libro de su mayor secreto: Su entrega total y su muerte en cruz han sido por amor, sólo por amor, para rescatarnos de la desesperanza y abrirnos el camino hacia el Padre. Dios **ha dado** a su Hijo unigénito por la salvación del mundo, entregándolo a la muerte de cruz por los pecados del mundo, por amor: *“¡Tanto amó Dios al mundo!”*. El amor sigue siendo la explicación definitiva de la redención mediante la cruz. Es interesante releerlo para comprender hasta dónde llega Dios y lo que significamos para Él: *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 10). Imitándole a Él muchos hermanos han ofrecido sus vidas en defensa de la fe a lo largo de los siglos, son los mártires. Después de tantas experiencias de amor, la conclusión no es negativa, ya que la *“sanguis martyrum semen christianorum”* (la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos), como escribía Tertuliano (Apol., 50, 13: CCL 1, 171).

La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia. Han sido muchos los que siguen dando testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Los mártires experimentaron la persecución, la violencia y la muerte, a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo. ¡Cuántos cristianos pagaron su amor a Cristo también

derramando su sangre! Sufrieron formas de persecución antiguas y recientes, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato, pero fueron ejemplo de fidelidad al Evangelio, porque pagaron un precio muy alto, su propia vida ofrecida por los demás.

“Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo” (Mt 5, 11-12). Qué bien se aplican estas palabras de Cristo a los innumerables testigos de la fe, insultados y perseguidos, pero nunca vencidos por la fuerza del mal. Los que han pasado por la misma Cruz de Cristo nos han enseñado que *el amor es más fuerte que la muerte*. De ellos reconocemos su adhesión a Cristo muerto y resucitado.

Por otra parte, existe en nuestra cultura una acentuada dependencia del “yo”, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Ante esta realidad conviene recordar las palabras del evangelio de San Juan: *“El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna”* (Jn 12, 25). Esta verdad es rechazada y despreciada frecuentemente por el mundo contemporáneo. Pero los testigos de la fe no hablan así nunca, no consideraron su interés personal, su bienestar o la propia supervivencia como valores más grandes que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron firme resistencia al mal. Pero, atención, que en su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor.

La fidelidad a la Cruz de Cristo es nuestra mejor herencia, porque nos habla con una voz más fuerte que la de los factores de división. La voz de los mártires y de los testigos de la fe es muy convincente y nos ayuda a encontrar el camino de la unidad, de la comunión y de la valentía para saber defender la dignidad de todas las personas, aunque tengamos que aceptar el sacrificio de la Cruz. Esta es la herencia de la cruz vivida a la luz de la Pascua: una herencia que enriquece y sostiene a los cristianos desde el amor para ayudar a todos dando la vida, como Cristo. Estamos orgullosos de esta herencia y hemos aprendido todos a saber perdonar por el ejemplo de tantos testigos. Nuestro tesoro es la plena comunión de todos los discípulos de Cristo.

Ahora nos queda la vida, somos nosotros los que debemos seguir anunciando a Jesús, predicando la grandeza del amor de Dios, con humildad. ¡Caravaca, despierta a la fe, ponte en pie y anuncia el tesoro de gracia que has recibido! Pido a Dios que, al venerar el signo de la Cruz, os conceda el Señor un corazón grande para amar, capacidad para percibir las necesidades de los hermanos y la fuerza necesaria para ayudarles.

Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena